
EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ

26 **LA DIVA** del aristocrático novelista MARQUÉS DE ATELA. Obra que despertará interés por su delicadeza de conjunto y por el estudio penetrante de sus personajes.

El pozo de las murenas

POR

PEDRO ANGELICI

Por el laberinto de calles que conducían al puente Aelius, se veía la multitud que acababa de presenciar las carreras de carros en el Circo Vaticano. Muchedumbre abigarrada si la había; inmensa colección humana en la cual estaban representadas las mil estirpes de la población del Imperio: árabes, marinos y comerciantes, germanos de los que Marco Aurelio Probo acababa de introducir por manipuleos en las legiones, alejandrinos de apariencia equívoca, etíopes, griegos, ilirios, mujeres de toda laya y de toda edad; había de todo menos romanos, pues los legítimos descendientes de los antiguos quirites constituían una minoría imperceptible entre esa masa plebeya, vocinglera, desarrapada y desordenada. Muchos estaban heridos de resultados del tumulto habido en el Circo.

Los representantes de la nobleza romana habían tenido buen cuidado de abandonar sus tribunas antes de que la marejada del populacho desalojara las gradas, operación que siempre se efectuaba tumultuosa y penosamente por los "vomitorios", y aprovechando sus bigas y sus literas se habían alejado a escape, huyendo del atascadero que inevitablemente se producía en cuanto las oleadas de gente que llegaban de las distintas calles se disponían a cruzar el puente.

Los pretorianos — que ya no tenían a su cargo la custodia de ningún pretorio y mucho menos del emperador — desempeñaban el servicio de policía con una severidad de procedimientos que sólo podía disculpar la necesidad de mantener el orden entre un

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PIDANSE EN LOS KIOSKOS, ESTACIONES DEL SUBTERRANEO Y VENDEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES

EL POZO DE LAS MURENAS

populacho que unía a la sumisión del esclavo, la desfachatez del liberto y la furia del bárbaro.

Esa caída de tarde otoñal, húmeda y cálida, era un acicate que se añadía a la sobreexcitación latente en toda esa multitud, que en grupos de lo más variado, comentaba con acaloramiento rayano en el furor las peripecias de las carreras y clamaba contra la parcialidad del juez que había adjudicado el premio a la "factio albata", sólo porque era el color de la aristocracia romana, mientras la culpa de todo el desbarajuste ocurrido hacía una hora, se debía cabalmente a Mecio Primo, el auriga de Marco Escápula.

Menos mal que el cuerpo de Mecio había sido retirado de la pista con el cráneo abierto y los intestinos a la rastra. ¡Bien tenía su merecido ese infame! Lástima que fuera sacado también en idénticas condiciones el cadáver de Asprenus, el auriga de la "factio veneta" cuya túnica azul, bien visible entre el polvo levantado por los caballos furibundos, había sido divisado siempre "en punta" hasta pocos pasos de distancia de la meta.

Un ruido de caballos y gritos de mando, interrumpió por breves instantes las discusiones de los jugadores desengañados. Era la biga de Marco Escápula, que se abría paso entre la muchedumbre. Seis catadupas, hechos prisioneros en la expedición de Probo al Alto Egipto, armados de cañas de bambú, precedían al carro gritando con voz bronca:

—¡Paso al noble Marco Escápula!

Y apartaban a empujones a toda esa resaca del mundo para dejar el paso libre a los fogosos caballos que arrastraban el carro en que Marco y sus amigos Antonio Vecio y Mulvio Galicano, discutían las incidencias de la última carrera que había terminado con una catástrofe.

—Evidentemente, Mecio debía estar ebrio — dijo Marco, y añadió: que el Averno tenga su alma y los cuervos su cuerpo...

—Es lástima haberlo perdido — sostenía Mulvio. — Hoy por hoy no había mejor auriga para carreras.

—Lo trataba como hijo — repuso Marco. — Puedo decir que su habilidad ha contribuido a restaurar la fortuna de mi casa. Pero no hay que afligirse. Tengo otro joven que promete resultar mejor que el lusitano Apuleyo Diocles que, a decir de mi padre, ha sido incomparable. A pesar de los pesares, esta última carrera me ha producido 4.000 dracmas de premio y las apuestas, cuyo monto me lo dirá mañana mi ministro de cuentas.

—Han sido muchas y la canalla jugaba a golpe seguro. Asprenus tenía tres finales ganadas con tiros de seis caballos; la última la había ganado contra Mecio; y los azules que descontaban la cuarta victoria se han jugado hasta los ojos.

—¿Oíste los gritos? — preguntó riendo Antonio. — Parecía que el Circo se iba a venir abajo.

—Nos han tratado de todo — añadió Marco con una sonrisa que revelaba su íntima satisfacción.

En ese momento la biga llegó a la cabecera del puente, mas tan compacta era la multitud que el carro no pudo seguir. Los etíopes se desgañitaban en vano repitiendo su grito:

—¡Abran paso al noble Marco Escápula!

Pareció, al contrario, que ese grito produjera en la multitud

un movimiento de resistencia y de hostilidad. Muchos sabían que Marco era el más conspicuo de los jugadores de la "factio albata" y que Mecio Primo era un liberto suyo. Esta noticia se comunicó rápidamente entre la multitud agolpada en la cabecera del puente. Se oyeron gritos destemplados, en latín bárbaro, y en idiomas incomprensibles; una barrera humana se opuso al avance de los etíopes y la biga que ya adelantaba con dificultad, tuvo que detenerse apenas entrada en el puente.

Marco, que comenzaba a impacientarse, miró el gentío que con la entrada de la noche había tomado un color uniforme y en cuya espesura sólo se distinguían cabezas y brazos levantados, y dirigiéndose entonces a sus etíopes, les dijo:

— ¡A ver, un poco de azotes!

Al mismo tiempo ordenaba al cochero castigar los caballos.

El agolpamiento era tan grande, que los negros no pudieron esgrimir sus bambúes y tuvieron que darse por satisfechos con empujar con todas sus fuerzas a los que tenían delante, pero el ruido de los cascos de los caballos castigados por el auriga e imposibilitados de adelantar, produjo alarma entre los peatones que comenzaron a arremolinarse, apiñados, asfixiados en medio de esa presión formidable. Algunos subieron al respaldar del puente, otros los imitaron, cayendo al agua la mayor parte, lo que no impidió que otros los siguieran.

Los gritos de protesta ensordecían. Una voz estentórea gritó:

— ¡Que lo maten al ladrón "albato"!

Otra voz no menos retumbante añadió:

— ¡Echemos al río el carro y a todos!

— ¡Sí, sí! — contestaron muchas voces. — ¡Al agua el ladrón "albato"!

Marco frunció el entrecejo y repitió al cochero la orden, acompañándola de un terrible puñetazo.

— ¡Castiga los caballos! ¡Adelante! ¡Y castiga a todo el mundo!

El cochero hizo voltear el flagelo mientras los etíopes, azuzados por los gritos de Marco y de sus compañeros, la emprendieron a golpes con cuantos estaban cerca. Los caballos después de haber hecho chispear con sus cascos herrados las losas del puente, aprovecharon el pequeño espacio que les había dejado libre los golpes de los catadupas y los latigazos del auriga, y empezaron a correr sembrando el pánico entre la multitud, mientras un coro de maldiciones acompañaba su marcha y encima de Marco y de sus amigos caía una lluvia de pileos y gorros de todo fieltro y color, de cuchillos y hasta "marsupi", conteniendo aún unas cuantas monedas de cobre.

En dos minutos la biga había alcanzado la cabecera opuesta del puente, y seguida por las maldiciones de la muchedumbre furiosa, se dirigió velozmente por el Vicus Adrianus hasta la ínsula de Marco, cerca del Mausoleo de Augusto.

Algunas semanas antes del arribo de la legión IIª Adjutrix, habían llegado a Roma varios convoyes de prisioneros de guerra. Se les destinaba a abastecer los mercados de esclavos de la Urbe.

Eran hombres y mujeres de toda edad y apariencia. Algunos de negra cabellera y miembros ágiles; otros rubios, rosados, de

cuerpo gigantesco. Los vencedores habían expoliado sin escrúpulos las infelices regiones que acababan de ser sometidas a la autoridad de Roma.

Aquella mercadería humana llegaba en buen momento; porque, debido a las leyes que habían ido mejorando sucesivamente las condiciones de la esclavitud, existía en la metrópoli, abundancia de libertos y gran escasez de esclavos.

En los mercados, ubicados todos en las inmediaciones de la Vía Sacra, del templo de Cástor o en el barrio de la Suburra, se notaba gran movimiento de "dispensadores" que iban a proveer de siervos a sus patronos.

No escaseaban entre los visitantes los patricios jóvenes y abundaban los viejos, todos deseosos de encontrar alguna "delicata" o cuando menos algún "delicatus", para refrescar con algo nuevo sus entretenimientos.

Esta clase de visitantes evitaba el penetrar en las tabernas donde se ofrecían en venta esclavos viejos u ordinarios; preferían visitar las casas especialmente dedicadas a ese comercio, y su atención se reconcentraba en las "catastae", donde los vendedores ostentaban lo mejor de su mercadería.

Tipócronos, el comerciante macedonio de esclavos más afa- mado de Roma, había enviado a sus aristocráticos clientes una circular tan lacónica como expresiva. La tablilla decía: "Artículos excelentes".

El mismo día, por la tarde, una litera, conducida por cuatro etíopes, se detenía a corta distancia del templo de Cástor. Marco Escápula bajó de la litera ordenando que volviera a recogerle después de media hora. Con su paso firme y elástico, Marco atravesó una callejuela: después de breve recorrida se halló frente a la casa de Tipócronos.

El portero lo reconoció y gritó su nombre al patrón, quien fué apresuradamente al encuentro de su poderoso cliente.

—Salud, ilustre Escápula! — dijo el macedonio con una reverencia servil — veo que recibiste mi mensaje.

—Salud — contestóle con sequedad Escápula — vamos a ver si lo que tienes merece la pena de haberse molestado.

—Dígnate pasar al patio, y ya verás si yo no soy el comerciante más veraz que viva honradamente en Roma. Y siguiendo a Escápula continuó con voz gangosa: Puedo ofrecerte muchas de cinco codos de alto, robustas y rubias como terneras de la Umbría, o si las prefieres, unas morenitas de ojos encantadores y piernas de corza. Y no te hablo de unos mancebos en cuyo honor Anacreonte, si aun comiera pan, dedicaría sus mejores odas.

—Basta, basta — exclamó Escápula, — no me alabes de antemano tu mercadería; sabes bien que no régateo...

—Ahí las ves — dijo con voz odiosa Tipócronos. — Lindos artículos, traídos recientemente de la Escitia, donde nuestras legiones han hecho buena presa.

En el rostro de Escápula se reflejó una contrariedad. Había recibido pocos días antes una carta de su amigo Pison, prefecto de la Iliria, en la cual le comunicaba graves noticias respecto a la conducta de su hijo Publio y a las ejecuciones de muchos legionarios, con quienes Publio mantenía relaciones inconfesables.

—Te digo que basta de palabras; tu voz me crispa — dijo el patricio dirigiendo una mirada turbia al mercader, que se calló de veras y agachó las espaldas como si previera la caída de un puñetazo.

—No me gustan — dijo como hablando consigo mismo Marco. — Se parecen a las germanas con algo de más salvaje y más de carne...

Un grupo de unas treinta jóvenes, la mayor de las cuales podía tener veinte años, mientras había otras que parecían criaturas, estaba reunido sobre un entarimado. Algunas de ellas, sentadas en pequeñas banquetas, miraban con mal disimulada ansiedad a los tres o cuatro "dispensadores" y a un viejo ciudadano que las estaba examinando. Otras, las más pequeñas, estaban acurrucadas en el piso de la "catasta" y contemplaban con indiferencia inocente a esos hombres que fijaban en ellas miradas frías o concupiscentes según el objeto que los había llevado allí.

La aparición de Marco en el patio produjo sensación entre el reducido número de compradores. Los "dispensadores" se apartaron, alejándose de la "catasta". El ciudadano, en cambio, permaneció en su sitio; pero dirigiendo la mirada al patricio le saludó con muestras de consideración.

Escápula volvióse a Tipócronos y le dijo en voz baja:

—No me gustan.

—Dígnate, ¡oh ilustre!, pasar al segundo patio, — contestó el macedonio, — y levantando una pesada cortina de lana verde, cedió el paso al patricio. Escápula penetró al segundo patio, más amplio y más confortable que el anterior. Tipócronos estaba en lo cierto.

Tres "catastae" ocupaban casi por entero el patio.

En la primera, cerca de veinte jovencitas de cabellera negra y cuerpo delgado, estaban abrigadas por un toldo que las defendía de los rayos del sol poniente. Enfrente, en otra "catasta", se hallaban diez o doce muchachos rubios y morenos que, sabedores de su desdichado destino, o evitaban observar a los visitantes, o más bien dirigían a éstos miradas hoscas y evasivas.

Junto a esta había otra "catasta" mucho más pequeña, que parecía reservada para los clientes excepcionales. En ella se habían mostrado dos esclavos que acababan de retirarse a la parte posterior. Era una joven que podía tener diez y seis años y un niño de doce. Ambos ostentaban el mismo letrero en la cadenilla que les colgaba sobre el pecho: "Hijos de reyes", decía el letrero.

Un pequeño grupo de ciudadanos, y a respetuosa distancia de éstos un "dispensador", regresaban del extremo del patio, después de haber observado a la juvenil pareja. Todos habían renunciado a su propiedad, debido a las pretensiones excesivas de aquel desvergonzado Tipócronos, "a quien debería pagársele a puntapiés", decía uno de los desengañados compradores.

Marco se detuvo frente al primer entarimado, y hecho un rápido examen de las jóvenes expuestas en él, dijo a Tipócronos, que le seguía:

—Veo que tus artículos excelentes son bastante mediocres, y que hubiese hecho mejor en emplear mi tiempo en otra cosa.

—¡Oh, ilustre! — contestó el mercader, — esto es la flor y

nata de lo que ha llegado. Mis agentes lo han seleccionado, en atención a las exigencias de mi distinguida clientela. Te aseguro, por Júpiter, que todas estas niñas están en las mejores condiciones...

—Sigamos, — repuso Marco, que en ese momento se encontró con el grupo de compradores que tan airados comentarios hacían de las exigencias del macedonio. Todos le saludaron con respeto. Escápula contestó al saludo, y dirigió una mirada distraída sobre el grupo de muchachos expuestos en la segunda "catasta".

—¿No hay más? — preguntó el macedonio, con una mueca de fastidio.

—Dígnate seguir, — contestóle Tipócronos.

En ese momento dos de los jóvenes patricios que acababan de saludar a Escápula, se miraron con intención. Uno de ellos, con sonrisa socarrona dijo al otro:

—Marco viene a renovar sus "deliciae". Su hijo, en cambio, sabe encontrárselas en los campamentos...

—Dicen que Probo lo castigará ejemplarmente, — observó el otro.

—No creas. Los Escápuas disfrutan de gran privanza en palacio. Probo lo empleará como "vestíplica" en el departamento de las mujeres.

—Sería el peor de los castigos para el infortunado Publio, quien por cierto, prefiere ser destinado a las cuadras imperiales y tener que vérselas con robustos tracios o fenomenales mauritanos.

—¡Callad, imprudentes!, — dijo en voz baja otro patricio de edad provecta. Si Marco os oyera os perseguiría hasta el Averno.

Conteniendo una risotada, los dos jóvenes y los demás salieron del segundo patio comentando las pretensiones de ese bruto de Tipócronos, que tenía la audacia de creerse el único en disponer de esclavas bonitas y en buen estado.

—No he visto nada que valga la pena, — repitió por segunda vez Marco, mirando un tanto hosco al mercader, quien se apresuró a declarar que en la "catasta" pequeña había lo mejor de lo mejor.

—A ver; — ordenó Marco, cuya impaciencia se iba trocando en irritación. Tipócronos golpeó con su varita de ébano en la reja del entarimado, y de la parte trasera de la "catasta", que constituía una pequeña habitación, salieron tomados de la mano, los dos adolescentes.

Ambos tenían los pies blanqueados con tiza. La joven llevaba una túnica completamente abierta adelante y que por un sentimiento obstinado de pudor tenía junta, apretándola con una mano. Dirigió una mirada hurafía a Escápula, quien se puso a contemplarla con calma.

Tampoco ésta era la hermosura prometida por la circular de Tipócronos, demasiado delgada, sus senos apenas se hacían notar debajo de su leve vestimenta; el cabello abundante, parecía áspero y era muy negro, tan negro que se le hubiera creído azul.

Marco tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para observar los ojos de la joven, que había clavado en él una mirada profunda, escrutadora, y de sus ojos, muy grandes, de color vio-

leta obscuro, parecía emanar el espíritu de una voluntad inquebrantable.

El niño estaba vestido con una pequeña túnica de bayeta verde. Al igual de la hermana, ostentaba también en su pecho la tablilla con la leyenda: "Hijos de reyes".

—¿De dónde vienen? — preguntó Marco.

—De la Dacia citerior; son presas de guerra hechas hace tres meses — contestó Tipócronos.

—¿Y son hijos de reyes? — volvió a preguntar, con una sonrisa un tanto escéptica, el patricio.

—¡Por Cástor, bajo cuya égida he puesto mis penates! — exclamó en tono patético el macedonio, indicando la cúpula del templo que se veía por encima de la pared. Mis corresponsales no tratan de engañarme. Estos cachorros de reyes fueron atrapados después de haber sido destruido o apresado todo su pueblo.

—Bueno, está bien. No discutamos más. ¿Cuánto me pides por ellos? — preguntó Escápula.

El macedonio, sin vacilar, pidió tres mil dracmas por la joven y dos mil por el niño. Escápula miró fijamente al mercader e hizo un ademán como para retirarse. Pero después de echar una mirada rápida a los dos esclavos, dijo con calma a Tipócronos:

—Te doy dos mil dracmas por cada uno y no hablemos más.

El macedonio intentó iniciar una peroración en favor de su mercadería y su emoción puso en atroz evidencia su gangosidad.

—¿No te conviene? Renuncio — le dijo el patricio, y se volvió hacia la salida.

—No quiero que te enfades, ilustre Marco. Llévatelos por cuatro mil dracmas.

El precio era enorme, aun según lo fijado por el comprador; pero Marco había reconstituido su fortuna después de algunos años de buena administración y volvía a ser el de siempre: un gran manirroto.

—Dime ahora las taras que tienen — dijo el patricio.

—Su único defecto es que hablan muy poco el latín y nada el griego.

Marco hizo una mueca de indiferencia.

—Ya lo aprenderán, dijo.

—También debo prevenirte que la muchacha tiene una herida en el muslo; se la hicieron en el momento en que todos sus defensores habían caído y ella pretendía amparar a su hermanito.

—¿Es grave la herida?

—Un rasguño, una cosa de nada que no le dejará rastro ninguno. Ya la verás. Y Tipócronos, abriendo la baranda que rodeaba el entarimado, subió a él y asiendo a la joven de un brazo la llevó hacia Marco, ante el cual con un rápido movimiento, dejó a la joven desnuda.

Una palidez de cadáver cubrió el hermosísimo rostro de la niña, pero no se le escapó ni una palabra ni hizo un solo ademán de resistencia.

Escápula contempló el muslo redondo y delgado, de esa elegancia suprema que es peculiar de las razas bárbaras. Un tajo lo cruzaba diagonalmente formando una línea de color rosa intenso sobre la carne de un color blanco firme. La cicatrización era casi completa; sólo en el medio el corte no se había aún ce-

rrado y una gota de sangre temblaba entre los labios de la herida.

—¡Qué hermoso! — pensó Marco — y sin fijar su atención ni en los senos nacientes ni en la línea elegantísima de todo ese cuerpo destinado a la satisfacción de sus caprichos, volvió las espaldas a la "catasta" y dijo a Tipócronos: — Esta noche vendrá mi atriense, el sirio Harbah y se los entregará.

—Está bien, lo conozco.

En el punto donde la había dejado media hora antes, el "léctico" esperaba a Marco Escápula para conducirlo a su casa. En la retina de Marco había quedado impresa la visión de ese delgado muslo blanco atravesado por la cicatriz en cuyo centro aun temblaba una gota de sangre.

De regreso a su casa, Marco envió el "atriense" a retirar los dos esclavos y al propio tiempo dispuso que la joven fuese destinada al servicio del baño y el niño al de la mesa.

Marco, que sentía circular más veloz la sangre en sus venas y experimentaba insólita alegría, cenó solo esa noche porque había solicitado una conferencia del emperador por asuntos de familia. Se trataba de obtener de Probo un castigo menos grave para su hijo Publio, quien debía llegar con la legión IIa. Adjutrix.

Después de la cena y de un rápido arreglo de su persona, Marco subió en una litera, y precedido por siervos que llevaban antorchas, se trasladó al Palatino, donde llegó minutos antes de que Probo se retirara a su gabinete de trabajo.

La entrevista fué breve y cordial. El emperador prometió a su antiguo tribuno que haría una excepción en favor de su hijo y que el castigo sería leve. Probo no había olvidado que el primogénito de Marco había caído valientemente pocos meses antes casi bajo su mirada, en la guerra contra Saturnino, que se había hecho proclamar emperador por las legiones de Iberia.

Marco salió alborozado del Palatino; la promesa de Probo en favor de su hijo le llenaba de regocijo, y esto no porque abrigara un gran cariño por Publio, sino porque éste era el único heredero del nombre y de la fortuna de los Escápula. Además en el espíritu del patricio reinaba un contento sutil, cuyo motivo no era por cierto la clemencia imperial. Era un sentimiento dulce que le sorprendía sin conocer su causa.

En medio de su alegría, recordó a Plautila, la joven esposa de un senador, que solía proporcionarle noches deliciosas. Plautila no podía ser menos amable de lo que era siempre. Pocos días antes le había enviado una pulsera en la cual había trabajado durante varias semanas uno de los más afamados joyeros etruscos.

Volvió a su mansión y le envió por un esclavo de confianza un mensaje anunciándole su visita; tomó un baño perfumado y después de un cuidadoso tocado que hizo desaparecer las ligeras huellas que el pasar de los años había señalado en su rostro, aguardó el regreso de la mensajera. Recibida una respuesta favorable, acudió a la cita.

Transcurrieron varios días sin que tuviera ocasión de encontrarse con los dos jóvenes esclavos dacios. La falta absoluta de pericia de que adolecían ambos para desempeñar sus funciones, era causa de que ni la "megistra balneatrix" se atreviera a encargar a la

muchacha el servicio directo del amo, ni el "condus promus" hacía aparecer al niño en el triclinio.

Varios asuntos graves tratados por el senado obedeciendo a proyectos del emperador, habían obligado a Escápula a concurrir con asiduidad a las sesiones.

Fué sólo a mediados de noviembre, cuando ya las frescas brisas de los montes Albanos habían cedido ante las gélidas ráfagas del Apenino, que Marco volvió a ver a la joven dacia en el "apodyterium".

Estaba parada cerca de la puerta, y fué ella misma quien levantó la pesada cortina de pelo de camello para dejar pasar al amo. Escápula observó que era más blanca y menos delgada que cuando la vió en la "catasta" de Tipócronos. La joven le ayudó a quitarse el calzado después de haber arrimado a sus pies una estera de suave paja de la Etruria.

La contempló y le resultó agradable esa silueta elegante, cuyos contornos no conseguía desmerecer la túnica marrón. Sus brazos ya no dorados por el sol y el aire libre eran de una blancura suave.

Completamente desvestido, el patricio se encaminó directamente al "frigidarium". Partidario convencido de la vieja higiene romana, aún disponiendo de todas las instalaciones exigidas por el refinamiento oriental, no hacía uso de ellas y continuaba tomando el baño de ducha simple y tónico, muy a propósito por su robusta contextura de hombre bilioso. Al salir de la pileta y mientras el masajista lo restregaba con la almohadilla de lana, Marco pensó en la muchacha dacia y le pareció llegado el momento de decirle que pasara por su "cubiculum" alguna noche. Pero la procedencia de la esclava le trajo el recuerdo molesto de la carta que le había dirigido su amigo Pison; esto lo distrajo y sus ideas tomaron otro rumbo.

Poco después salió a pie encaminándose hacia el senado con el deseo de conocer las últimas noticias, que probablemente estarían en la "Acta diurna", acerca de la legión IIª Adjutrix, cuya llegada era inminente.

En efecto, supo que la legión acababa de abandonar su campamento a orillas del lago Trasimeno, lo que indicaba que dentro de una semana a más tardar, se encontraría en Roma.

Conversando con su colega Manlio Spartiano, supo que Probo, cuya actividad era incansable, abrigaba el propósito de llevar otra vez la guerra a los persas, siempre indóciles al dominio romano. Manlio, que a pesar de sus sesenta años no había perdido los bríos militares, dijo con cierto tono tristón: "Me gustaría volver a ver los arenales y las cordilleras peladas de Persia..."

— ¿Aun si te volviera a pasar otra vez lo de la expedición de Valeriano? — le preguntó Marco con sorna.

— Con Probo no se repetirá nunca lo que pasó con el aturrido Valeriano. Probo — y bien lo sabes — es un león en la guerra, pero tiene la prudencia de la serpiente. La soberana paliza que nos propinó Sopor, fué debida a la vanidad de Valeriano, y bien hicieron al deshollarlo vivo.

— Por lo que me toca a mí, observó tranquilamente Marco, prefiero pasar estos años que aún me conceden las Parcas, jugando a las carreras y sacrificando, mientras pueda, a Venus Pandemia.

En eso sobrevino un nuevo interlocutor. Era Domicio, el apacible esposo de Plautila, la última conquista amorosa de Marco. La presencia de Domicio resultaba siempre molesta a Escápula, no por temor a un probable pedido de dinero, sino porque hubiese deseado que Domicio fuera un verdadero marido engañado; no siéndolo, le resultaba insoportable y hasta llegaba con su presencia a hacerle menos atrayente el recuerdo de Plautila.

Domicio, dándose cuenta del fastidio, quiso justificarlo con una maldad.

— Dentro de poco, dijo, tendremos a la IIª Adjutrix acampada en la puerta Capena. Oiremos las novedades...

— Nos dirán que en la Dacia han encontrado esposas fieles... — rebatió Marco, — intentando el desquite.

— Dichosos de ellos — repuso Domicio con una risotada — que han podido conocer lo que en Roma no se conoce ni se ha conocido nunca.

— Esto va para todos, dijo Manlio sin asomo de enojo, a pesar de su reciente divorcio y de su casamiento más reciente aún.

Pero Marco, que se encontraba realmente molesto, recogió su toga y se despidió de los colegas. Ya en la calle se acordó que la noche que se aproximaba era una de las destinadas a sus citas con Plautila, pero su resentimiento contra Domicio repercutió en la escasa afectividad que ponía en todas sus relaciones amorosas, y con ademán enojado, exclamó en voz alta: "¡No iré!" y rápidamente se dirigió a su morada.

Al llegar preguntó al atriense si el orfebre etrusco había traído la copa de cristal que había mandado adornar con piedras preciosas de crecido valor. Era la copa destinada al emperador para el próximo banquete.

A la contestación negativa del esclavo, se enfadó.

— ¿Que espera ese zopenco?; ¿quiere que se la vaya a cobrar a garrotazos la copa? Anda a casa del orfebre y dile que si para mañana por la noche no estuviera en mis manos, tendrá que vér-selas conmigo.

El atriense salió veloz como el rayo.

Sin ganas de salir ni de jugar, enojado con Plautila, pensó Marco en pasar algunas horas de la noche en buena compañía y su pensamiento se dirigió a la muchacha dacia, a Nara, según le habían dicho que se llamaba el atriense. Le dieron unas raras ganas de ser amable con la jovencita y quiso evitar que se asustara al llamarle inmediatamente a su dormitorio. Mandó decir a Nara que el patrón la esperaba en el jardín.

Pocos segundos después, llegaba Nara, casi en el mismo instante en que Marco se recostaba en una banca de piedra cerca del surtidor, cuyo chorro alto de tres codos, esparcía una diminuta lluvia que llegaba hasta la banca.

— Acércate — dijo Marco a la niña — ¿Cómo te llamas?

— Nara.

— ¿Dónde naciste?

— Muy lejos de aquí — contestó la esclava, esquivando la mirada del patricio y dirigiendo la propia hacia el septentrión.

— ¿Se curó tu herida del muslo?

— Sí.

— Muéstramela.

— No.

La contestación recia sorprendió a Marco, cuyo carácter violento se asomó en medio de esa tentativa de idilio.

— Parece que no adelantas mucho en la lengua de Roma — observó — ¿no sabes decir más que sí y no?

La niña permaneció silenciosa.

— Ven, siéntate aquí. Hizo lugar a la esclava para que se sentara a su lado; pero ésta no se movió; parecía que no hubiese oído la invitación. Marco experimentó una sensación de inquietud, y asiéndola de una mano quiso llevarla dulcemente al asiento, pero se resistió; un tirón violento la hizo doblar las rodillas y apenas pudo esquivar el caerse de bruces sobre la banca, golpeando recio con sus brazos.

— ¡Testaruda, siéntate! — ordenó.

La niña se levantó y se sentó en un extremo de la banca, tratando de mantenerse lo más lejos posible.

— ¿Por qué eres así? ¿Por qué no quieres mirarme? — le preguntó con dulzura Marco, a quien el contacto con la esclava, cuya mano apretaba aún con su derecha, causaba un malestar que se traducía por un breve escalofrío en la médula.

— Tú eres el padre de un asesino y de un ladrón — contestó la niña, y trató de incorporarse e huir. Marco la retuvo con su puño robusto, mientras la respuesta de la jovencita le hizo sospechar que las fuerzas que habían destruido a la tribu de que Nara había sido princesa, estuvieran tal vez al mando de su hijo Publio.

— Está bien, repuso Marco. Esto no quiere decir que tú puedas desobedecerme y que me hagas enfadar. Sé buena y te haré olvidar tus desdichas; y así diciendo el patricio rodeó con su brazo izquierdo el talle de la niña, delgado y fuerte como el tronco de un membrillo, y atrayéndola a sí, intentó besarla en la boca.

Nara, con un hábil movimiento, puso la horquilla formada por sus dedos pulgar e índice, debajo la nariz de Marco, desbaratando la tentativa. Una ola de rabia invadió el corazón de Escápula, poco tierno de por sí. Dejando a la esclava, le dijo:

— Esta noche, después que todos se hayan recogido, pasarás por mi "cubiculum". ¿Has oído? Te aguardo... — Librándola de su abrazo brutal se levantó, y después de haberse arreglado las ropas, dirigióse a su aposento, ordenando que la comida se le sirviera en el pequeño triclinio.

Una inquietud mezclada de amargura embargaba el alma de Escápula. Se sentía humillado, herido en su más profundo interior. A los cincuenta años se encontraba metido de lleno en las escaramuzas de amor y eso le resultaba un tanto ridículo también a sus propios ojos, pues el amor nunca había sido para él otra cosa que una gimnasia fisiológica, en la cual el sentimiento jamás había tenido participación. Su casamiento con Cecilia Calpurnia, ocurrido cerca de tres décadas antes, había sido un simple arreglo de familia. Marco cumplía sus deberes maritales con la misma indiferencia con que Cecilia cumplía los suyos. La muerte de ésta, acaecida al dar a luz a su segundo hijo, había devuelto al marido la completa libertad que por otra parte, poco menoscabo había sufrido por la presión de los vínculos matrimoniales. Al considerar la

EL POZO DE LAS MURENAS

actitud de Nara, tuvo que convencerse de que ella se inspiraba en el odio que la infortunada niña abrigaba por todo lo que era romano y quizás para el propio nombre de Escápula, pues era evidente que su hijo, buen jefe a pesar de sus extravíos, debía haber actuado en el país de la joven bárbara.

— Sea como sea, esta noche la cuestión tiene que terminar... — dijo al levantarse de la mesa, donde había comido sólo y fantaseando.

Para pasar el tiempo, fué a visitar su caballeriza, y su cara displicente causó una impresión de pánico entre los encargados de esa dependencia. Las cuadras estaban limpias como patenas; sin embargo, el "prefectus stabulo" no las tenía todas consigo, sabedor de las exigencias excesivas del amo. Pero Marco, después de observar el estado en que se hallaban los caballos de carrera y los de paseo, se retiró sin pronunciar palabra. En ese momento se oyó ruido de carros y cierto movimiento de personas en la parte posterior de la insula. Escápula se dirigió hacia la salida destinada al personal de servicio. Le informaron que acababan de llegar de Antium los carros que traían las murenas, destinadas a su vivero, que se encontraba completamente despoblado de esos voraces lamprídios. Su carne era muy estimada por Probo, y Marco se proponía obsequiar al emperador con un excelente plato.

Preguntó al custodio qué tales eran las murenas que acababan de llegar. El viejo esclavo contestó que le parecían muy buenas, pero que estaban hambrientas porque las más pequeñas aparecían destrozadas por los mordiscos de las mayores.

— Bien — dijo — échalas al pozo y dales de comer.

— Sí, amo. Pedí ayer al dispensator un cordero, presumiendo que los bichos llegaban esta noche. En cuanto se tranquilicen un poco, les echaré la comida.

— ¿Por trozos? — preguntó el patricio.

— No, amo. Les gusta más despedazar al animal por ellas mismas; sería bueno echárselo vivo, pero el vello les repugna y les hace daño. Antes, se les arrojaban los esclavos malos, y su carne resultaba más sabrosa.

Marco tuvo un estremecimiento; una sonrisa amarga y pérfida encrespó sus labios.

— Quizás éstas vayan a tener también buena comida — dijo, y lentamente se dirigió al pozo donde ya se revolvían las voraces murenas con su repugnante aspecto de serpientes. Era un enmarañamiento de cabezas, colas y grupas que se retorcan, se sobreponían y desaparecían de la superficie del agua que llenaba al vivero hasta una altura de un metro de su borde. Marco quedó pensativo. Contempló un rato más los horribles peces que aparecían y desaparecían persiguiéndose uno a otro y ya estaba por retirarse a su dormitorio, cuando el custodio le dijo que iba a arrojar el carnero al pozo.

— A ver, dijo Marco.

Se oyó el ruido del cuerpo del carnero al caer en el agua, y a favor de la luz que esparcía la antorcha que el custodio tenía levantada sobre el vivero, volvió a contemplar el repugnante espectáculo de los animales que, asustados un momento por la caída de la res, no tardaron en obedecer a su agresiva voracidad,

abalanzándose, ligeros como flechas contra la presa que después de haber quedado sumergida unos instantes, había venido a flote. El carnero, empujado por centenares de bocas, corría alrededor de las marmóreas paredes del plozo, dando una extraña ilusión de vida. Las pequeñas cabezas de las lampreas, lo tenían en continuo movimiento. El espectáculo, no nuevo para Marco, pero tal vez olvidando, llamó tanto su atención, que por poco no cayó al vivo, cuyo borde estaba desprovisto de antepecho.

Mandó llamar al atriense y le ordenó que todos los siervos que aun estaban trabajando se recogieran, y echando una última mirada a las murenas, se retiró a su aposento. Ordenó al esclavo destinado a su servicio personal, que encendiera otra lámpara cerca de la cama, y para engañar su impaciencia, cogió el primer rollo que le vino a mano. Eran las Transformaciones de Ovidio, uno de los pocos libros que leía, y que le gustaba por la prodigiosa imaginación de su autor.

Silencio profundo reinaba en la insula. Todos los esclavos estaban en sus dormitorios y ya había transcurrido una hora sin que Nara apareciera. Mandó despertar al atriense, a quien ordenó que se la trajera en el acto. La muchacha, precedida por Harbah, entró en el dormitorio del amo pocos momentos después.

—Retírate, dijo Marco al atriense, y dirigiéndose a Nara, le preguntó con sequedad si no sabía la razón de su llamada y porqué no había indicado a la "magistra balneatrix" la conveniencia de hacerse dar otro traje más digno para presentarse a su señor.

—Ignoro el motivo de tu llamada y éste es mi traje, contestó la niña, con voz queda pero firme.

—Te he llamado para que te desnudes y te acuestes en aquel lecho — repuso Marco con el mismo tono de voz.

—No. — dijo la esclava.

Un bofetón formidable resonó en la estancia silenciosa. Nara tambaleó bajo el golpe brutal, pero recobrando su firmeza, miró a los ojos al amo y su mirada relampagueante detuvo a Marco, quien le repitió con voz hueca, indicándole el lecho:

—¡¡Acuéstate!!

—¡¡No!!... — repitió con acento de indescriptible resolución la niña.

Esta vez, fué un puñetazo terrible que Marco descargó con toda su ira en la cara de la jovencita. Nara cayó de espaldas aturdida, casi desvanecida. Marco corrió hacia ella con el pie levantado para desfigurarla a patadas, pero se contuvo, y asiéndola de un brazo la levantó, sacudiéndola, y con voz que parecía un rugido, le ordenó: ¡Vete! ¡Vete!...

Y mientras ella, aturdida aún del golpe y con la boca ensangrentada se abalanzaba hacia la puerta, Escápula la retuvo de un salto y asiéndola de ambos brazos, le dijo con voz ahogada, en el oído: "Mañana a esta hora estarás aquí, o te haré rajar a azotes. ¡Anda! Y de un empujón la arrojó al corredor.

El patricio, cuya ira aumentaba por momentos, llamó al atriense y le mandó que prepararan su litera, pero que ésta no fuera precedida por los portadores de antorchas. En la calle ordenó que se le llevara a la casa de la cortesana Enotea, donde se jugaba fuerte.

EL POZO DE LAS MURENAS

actitud de Nara, tuvo que convencerse de que ella se inspiraba en el odio que la infortunada niña abrigaba por todo lo que era romano y quizás para el propio nombre de Escápula, pues era evidente que su hijo, buen jefe a pesar de sus extravíos, debía haber actuado en el país de la joven bárbara.

— Sea como sea, esta noche la cuestión tiene que terminar... — dijo al levantarse de la mesa, donde había comido sólo y fantaseando.

Para pasar el tiempo, fué a visitar su caballeriza, y su cara displicente causó una impresión de pánico entre los encargados de esa dependencia. Las cuadras estaban limpias como patenas; sin embargo, el "prefectus stabulo" no las tenía todas consigo, sabedor de las exigencias excesivas del amo. Pero Marco, después de observar el estado en que se hallaban los caballos de carrera y los de paseo, se retiró sin pronunciar palabra. En ese momento se oyó ruido de carros y cierto movimiento de personas en la parte posterior de la insula. Escápula se dirigió hacia la salida destinada al personal de servicio. Le informaron que acababan de llegar de Antium los carros que traían las murenas, destinadas a su vivero, que se encontraba completamente despoblado de esos voraces lampridios. Su carne era muy estimada por Probo, y Marco se proponía obsequiar al emperador con un excelente plato.

Preguntó al custodio qué tales eran las murenas que acababan de llegar. El viejo esclavo contestó que le parecían muy buenas, pero que estaban hambrientas porque las más pequeñas aparecían destrozadas por los mordiscos de las mayores.

— Bien — dijo — échalas al pozo y dales de comer.

— Sí, amo. Pedí ayer al dispensator un cordero, presumiendo que los bichos llegaban esta noche. En cuanto se tranquilicen un poco, les echaré la comida.

— ¿Por trozos? — preguntó el patricio.

— No, amo. Les gusta más despedazar al animal por ellas mismas; sería bueno echárselo vivo, pero el vello les repugna y les hace daño. Antes, se les arrojaban los esclavos malos, y su carne resultaba más sabrosa.

Marco tuvo un estremecimiento; una sonrisa amarga y pérfida encrespó sus labios.

— Quizás éstas vayan a tener también buena comida — dijo, y lentamente se dirigió al pozo donde ya se revolvían las voraces murenas con su repugnante aspecto de serpientes. Era un enmarañamiento de cabezas, colas y grupas que se retorcían, se sobreponían y desaparecían de la superficie del agua que llenaba al vivero hasta una altura de un metro de su borde. Marco quedó pensativo. Contempló un rato más los horribles peces que aparecían y desaparecían persiguiéndose uno a otro y ya estaba por retirarse a su dormitorio, cuando el custodio le dijo que iba a arrojar el carnero al pozo.

— A ver, dijo Marco.

Se oyó el ruido del cuerpo del carnero al caer en el agua, y a favor de la luz que esparcía la antorcha que el custodio tenía levantada sobre el vivero, volvió a contemplar el repugnante espectáculo de los animales que, asustados un momento por la caída de la res, no tardaron en obedecer a su agresiva voracidad,

abalanzándose, ligeros como flechas contra la presa que después de haber quedado sumergida unos instantes, había venido a flote. El carnero, empujado por centenares de bocas, corría alrededor de las marmóreas paredes del plozo, dando una extraña ilusión de vida. Las pequeñas cabezas de las lampreas, lo tenían en continuo movimiento. El espectáculo, no nuevo para Marco, pero tal vez olvidando, llamó tanto su atención, que por poco no cayó al vivo, cuyo borde estaba desprovisto de antepecho.

Mandó llamar al atriense y le ordenó que todos los siervos que aun estaban trabajando se recogieran, y echando una última mirada a las murenas, se retiró a su aposento. Ordenó al esclavo destinado a su servicio personal, que encendiera otra lámpara cerca de la cama, y para engañar su impaciencia, cogió el primer rollo que le vino a mano. Eran las Transformaciones de Ovidio, uno de los pocos libros que leía, y que le gustaba por la prodigiosa imaginación de su autor.

Silencio profundo reinaba en la insula. Todos los esclavos estaban en sus dormitorios y ya había transcurrido una hora sin que Nara apareciera. Mandó despertar al atriense, a quien ordenó que se la trajera en el acto. La muchacha, precedida por Harbah, entró en el dormitorio del amo pocos momentos después.

—Retírate, dijo Marco al atriense, y dirigiéndose a Nara, le preguntó con sequedad si no sabía la razón de su llamada y por qué no había indicado a la “magistra balneatrix” la conveniencia de hacerse dar otro traje más digno para presentarse a su señor.

—Ignoro el motivo de tu llamada y éste es mi traje, contestó la niña, con voz queda pero firme.

—Te he llamado para que te desnudes y te acuestes en aquel lecho — repuso Marco con el mismo tono de voz.

—No. — dijo la esclava.

Un bofetón formidable resonó en la estancia silenciosa. Nara tambaleó bajo el golpe brutal, pero recobrando su firmeza, miró a los ojos al amo y su mirada relampagueante detuvo a Marco, quien le repitió con voz hueca, indicándole el lecho:

—¡¡Acuéstate!!

—¡¡No!!... — repitió con acento de indescriptible resolución la niña.

Esta vez, fué un puñetazo terrible que Marco descargó con toda su ira en la cara de la jovencita. Nara cayó de espaldas aturdida, casi desvanecida. Marco corrió hacia ella con el pie levantado para desfigurarla a patadas, pero se contuvo, y asiendo de un brazo la levantó, sacudiéndola, y con voz que parecía un rugido, le ordenó: ¡Vete! ¡Vete!...

Y mientras ella, aturdida aún del golpe y con la boca ensangrentada se abalanzaba hacia la puerta, Escápula la retuvo de un salto y asiendo de ambos brazos, le dijo con voz ahogada, en el oído: “Mañana a esta hora estarás aquí, o te haré rajar a azotes. ¡Anda! Y de un empujón la arrojó al corredor.

El patricio, cuya ira aumentaba por momentos, llamó al atriense y le mandó que prepararan su litera, pero que ésta no fuera precedida por los portadores de antorchas. En la calle ordenó que se le llevara a la casa de la cortesana Enotea, donde se jugaba fuerte.

Quiso tener una banca de dados, pero el enojo que le embargaba le hizo jugar sin serenidad y las pocas horas de la madrugada le costaron dos mil dracmas y un enfado con su amigo Mulvio, que jugó contra él. Al rayar el día se retiró a su casa, estimulando a golpes a los dos etíopes que ocupaban ambos lados de la litera, aunque esos pobres esclavos llevarán rapidísima marcha.

Para engañar su impaciencia, Escápula pasó la tarde en el senado donde volvió a encontrarse con Domicio, cuyas hirientes alusiones llegaron al extremo de que el patricio amenazó con abofetearle. La mediación de otros senadores impidió que la disputa se trocara en pugilato.

Mientras abandonaba el senado, entró un correo anunciando la llegada de la legión 'IIª. Adjutrix y, como la noticia no era como para producir demasiada satisfacción en Marco, éste envió al dispensador al Campo de los Pretorianos, donde la legión estaba acuartelada, a comunicar a su hijo Publio que, antes de pasar por su casa, se dirigiera al Palatino solicitando una audiencia imperial.

Al anochecer Publio hizo anunciar su presencia a su padre y al encontrarlo le besó la mano deseándole salud. Marco no le contestó, sino que le preguntó fríamente si había estado en palacio.

—Sí, padre — repuso el joven.

—¿Qué se te dijo?

—Que debo salir mañana para Brundisium y embarcarme para Tiro, donde alcanzaré al ejército de Acelepiodoro, a quien Probo me recomendará.

—Demasiado bueno, Probo — dijo fríamente Marco — y añadió: Ahora te bañarás, cenarás solo y seguidamente dejarás esta casa para preparar tu viaje. Hasta la vista. Y se retiró a su aposento.

—Hasta la vista, padre — contestó el joven dirigiéndose al baño.

En la insula reinaba un silencio pavoroso. Escápula nunca había sido bondadoso con sus esclavos, aunque su dureza romana estuviese templada por un concepto igualmente romano del padre de familia; pero desde algunos días se oía con frecuencia resonar el azote en la cárcel de los siervos y el castigo se aplicaba aun por causas nimias.

Poco antes de la media noche, el dispensador se presentó al patrón para comunicarle que Publio se había marchado, después de retirar las dos mil dracmas que le había concedido como viático.

—Está bien — dijo Escápula y añadió: Avise al atriense que no se acueste sin que yo lo sepa.

—Muy bien, patrón.

Marco entró a la biblioteca y cogió el rollo de las "Transformaciones" cayendo bajo su mirada, al acaso, el Libro V del poema ovidiano. Venturoso lector fuera esa vez, pues su corazón rebosante de ira, se complugó en leer los estragos que Perseo rea-

lizaba en sus enemigos. La facundia descriptiva del poeta salmo-nense al relatar las heridas atroces infligidas por el semidiós a sus acometedores, encontraba eco profundo en el sombrío espíritu de Marco, ante cuyos ojos se presentaban con alternada insistencia el muslo blanco de Nora surcado por la cicatriz, en cuyo centro veía aún la trémula gota de sangre, y el ceño adusto de la niña reiterando sus desdefiosas negativas.

Ya incapaz de mayor espera, llamó al esclavo que permanecía en la puerta de su cubiculum ordenándole que fuese al gineceo — que en la casa de Marco no era más que el serrallo del amo — y recordara a Nara su advertencia. El siervo se fué con una sonrisa socarrona, suponiendo que la dicha aguardaba a la joven esclava.

Pocos instantes después Nara, precedida por el esclavo penetró en la biblioteca. Marco le echó una mirada de soslayo y seguidamente ordenó:

—¡Qué todo el mundo se recoja! ¡Nadie se presente aquí por ningún motivo! Pero al ver que Nara tomaba la orden también para sí le dijo con dureza: ¡Quédate! La niña se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Tampoco esta noche cambiaste tu traje?... ¿Te has olvidado lo que te mandé?...

Nara permaneció silenciosa, mientras Marco contemplaba en los labios tumefactos de la joven, las huellas de los golpes que le había pegado la noche anterior.

—Bueno. Ahora te vas al dormitorio y te acuestas; yo te seguiré.

—¡No!

—¿Con que no? — exclamó Marco. — ¿Estamos en las mismas? Y avanzó hacia la niña con talante tan amenazador, que ésta no pudo dominar un ademán de miedo.

—¡Anda, perra, obedece!...

Ante la inmovilidad de la esclava, su furor desbordó. Asiéndola del cabello, que le formaba una gruesa trenza en las espaldas, le torció la cabeza obligándola a mirarle la cara.

—¿Entiendes? ¡Anda, acuéstate! Y su puño robusto retorció la trenza de Nara, cuyos ojos parecía estuvieran por salirse de las órbitas.

—¡No!

—¿No? — le preguntó Escápula ahogado por el coraje...

—¡No! — afirmó una vez más la niña.

—¡Que te lleve el averno! — gritó con voz que no parecía humana. ¿Tendré que aplastarte como a un gusano?... Y así diciendo, con un retorrijón más violento aun le doblegó el pescuezo y la tiró al suelo donde quedó sin movimiento.

Marco creyó haberla matado; pero al mirarle la cara volvió a ver bien abiertos sus ojos de color violeta, y conteniendo las ganas de destriparla a patadas, le dijo con voz entrecortada:

—¡Tú acabarás comida por las murenas; pero antes de ti eso tocará a tu hermano! ¡Anda, maldita cabra! Y pegándole un puñetazo en la barba, se retiró a su dormitorio.

EL POZO DE LAS MURENAS

Poco después, el patricio salía en litera, sin luces, y fué a jugar nuevamente, perdiendo otra suma.

Al retirarse a su residencia, ya entrado el día, Marco ordenó al atriense que diera cincuenta azotes a la esclava, sin cuidar dónde cayeran. Mandó llamar seguidamente al dispensator y al "condux promus", con quienes acordó los detalles del banquete que en honor de Probo iba a dar en su casa a la noche siguiente, y en el que tomaría parte un grupo de senadores, militares y sablos que el emperador distinguía.

Arreglados los detalles del banquete, llamó al atriense y le preguntó si había ejecutado su orden. El esclavo, azorado, respondió que no todavía, debido a que se estaba efectuando la acostumbrada limpieza de la cárcel.

—Muy bien, dijo Marco a quien esa demora satisfacía, pues era su deseo presenciar el castigo. ¿Terminó la limpieza de la cárcel?

—Sí, patrón.

—Bueno, haz lo que te mandé — y lentamente se dirigió hacia el fondo de la insula, donde estaba la cárcel entre las habitaciones de los esclavos, el vivero de las murenas y las caballerizas.

No tardó mucho en llegar el atriense, a quien seguía un paso firme Nara, cuyo rostro amoratado y los ojos hinchados revelaban las violencias de que la había hecho objeto su amo pocas horas antes.

Los cuatro esclavos que estaban presos por faltas nimias, se retiraron hacia el fondo de la prisión, pero a una señal del atriense, dos de ellos se acercaron a Nara y cogiéndola de los brazos, la obligaron a acostarse de bruces en el suelo.

El atriense, con ademán brutal, arrancó la túnica a la niña en el preciso momento en que Marco se asomaba a la puerta de la cárcel. El patricio se detuvo cual si hubiera recibido un golpe en pleno pecho. Un escalofrío, mezcla de deseo y de crueldad, recorrió su espinaza, pero dominándose y contra su costumbre, permaneció derecho en el umbral de la puerta.

La pobre niña sintió en sus carnes la mirada del amo, y si bien estuviera ya maniatada y con los pies unidos por fuertes ligaduras, encogió los brazos, escondiendo entre ellos su rostro.

Resonó el azote y la voz monótona del atriense que llevaba la cuenta de los golpes aplicados había contado ya veinte, cuando al repercutir el golpe en el punto en que ya había caído el azote anterior, la piel se desgarró y la sangre comenzó a salpicar el blanco cuerpo de la virgen. Marco torció la mirada, y apretando los puños, dijo en voz baja: "¡Debería quemarla viva!"

Después de algunos minutos, el atriense contaba el trigésimo-quinto golpe. Escápula miró a la mártir, y vio que el verdugo, tal vez para hacer méritos, había pegado recio. El cuerpo de la jovencita, particularmente los muslos y el tronco, estaban surcados por largas llagas sangrientas. Marco contempló con fría mirada ese pobre cuerpo juvenil, tan maltrecho, pero pareció que toda

la dureza de corazón de su raza se hubiera reunido en él. Una mueca de desdén encrespaba sus labios.

—¡Cuarenta y nueve!, contó la voz monótona del atriense. ¡Cincuenta! Y por última vez resonó el golpe sobre las pobres carnes laceradas que ya no daban señales de vida. Marco se retiró ceñudo y ordenó que la llevaran a las termas.

Estando ya en su litera, murmuró, mientras una amarga sonrisa contraía su rostro:

—No exhaló un quejido; se quedó desmayada, tendida de bruces en el suelo. ¡Cabra inmunda! Le haré dar más, hasta que entregue su alma al averno... Me aborrece... Yo también la aborrezco y si no fuera ridículo, la estrangularía con mis manos... ¡Bah! no pensemos más en ella; debo preparar una cara amable para hospedar a Probo. ¡Ah, Probo! Cierto que no podré brindarte mañana murenas alimentadas con carne humana, pero no tardaré, divino César, en ofrecértelas para que te las preparen en tus imperiales cocinas. El bastardito aquel se irá al pozo en la primera oportunidad y su hermana no tardará en seguirlo.

En el triclinio reinaba una alegría cordial. Probo, robusto amante y buen bebedor, salpicaba la grave conversación sobre asuntos de estado con observaciones picarescas sobre las prendas físicas de las cantatrices griegas que habían ejecutado varios coros, que según Manlio Spartiano eran admirables, y según Probo no pasaban de ser un ruido algo molesto.

—El desencanto que mi parecer produce en Manlio — dijo riendo Probo — debe cargarse en tu cuenta, Escápula, porque mucho me hiciste trabajar cuando estaba a tus órdenes y no me dejaste tiempo para suavizar mi espíritu intimando un tanto con las musas.

—Es verdad, contestó el anfitrión, pero no me arrepiento de haber puesto en ejercicio y a luz tus virtudes militares, pues sin ellas a estas horas el imperio no disfrutaría la tranquilidad de su poderío.

Dirigiendo la mirada a Manlio Spartiano añadió:

— “Y aquel no habría podido honradamente asegurar en el senado *“imperet quemadmodum militavit”*.”

— ¡Muy bien, muy bien! — exclamaron en coro los comensales, aplaudiendo la ingeniosa contestación de Marco, a quien Manlio, agradecido por la cita, arrojó un puñado de las rosas que cubrían la mesa.

Diocleciano, que acababa de volver de la Sarmatia, donde había llevado a buen término la guerra iniciada por Probo, dirigióse a Escápula diciendo:

— Pues, Marco, también yo tengo que agradecerte el haberme dado tan ilustre maestro.

Marco aceptó el cumplido con una sonrisa y repuso:

— La misma gratitud deberían tenerme, y en verdad me la tienen, Hereniano y Constancio, Asclepiodoro y Caro, quienes son también buenos discípulos de nuestro divino César.

— ¡Cómo excitan vuestro entusiasmo las virtudes militares!... — observó Probo. — Parecería que el mundo vive sólo de las espadas y por las espadas. Yo no participo de vuestra opinión. ¡Al

contrario! Para mí la paz es el único bien del Estado, y si hago la guerra es sólo para afianzar la paz. Mi sueño es restaurar la paz octaviana, pero sobre bases tan firmes que permitan al mundo pasar un siglo sin guerras.

— ¿Y qué haremos de las legiones?... — preguntó Marco.

— Trabajadores, nada más que trabajadores. ¿Habéis olvidado lo que dije en mi mensaje al senado?... Dije que ahora los bueyes germanos están arando pacíficamente los campos de la Galla; que los yugos germanos doblegan el testuz de nuestros bueyes; que las ovejas de las distintas tribus de Germania están paciéndose para alimentarnos; que las caballadas de los bárbaros están reproduciéndose para nuestros jinetes y que los graneros están repletos de trigo de los bárbaros... ¿Qué más queréis?... Dentro de algunas semanas iniciaré una expedición definitiva contra los persas y la paz romana reinará en todo el mundo. ¿Para qué necesitaremos los soldados?

— Está bien, pero no me parece fácil ni político despedir a tantos centenares de miles de hombres y dejarlos sin ocupación. Se trocarán en otros tantos bandidos, observó Manlio Spartiano.

— Nada de eso — repuso el emperador. — Mis soldados trabajarán como agricultores y en las obras públicas, cobrando sus sueldos y viviendo en sus campamentos. En la tierra en que yo nací, en mi modesta y hermosa Syrmio, hay muchos pantanos que desecar. Pero el proyecto es complicado y no es éste el mejor momento para tratarlo. Marco — añadió dirigiéndose al anfitrión — si mi gusto musical es pobre, mi vista en cambio es inmejorable. Manda que vengan las bailarinas...

A un ademán del dueño de casa, seis danzarinas egipcias penetraron con cadenciosa marcha en el triclinio y comenzaron una danza acompasada y grave, que luego fué gradualmente avivándose. Ellas mismas marcaban el compás de sus movimientos acompañándose con tamboriles y crótalos. Una de las bailarinas ofrecía un extraordinario parecido con Nara. Al contemplarla experimentó Marco una sensación penosa que se translució en su semblante con tanta evidencia, que el emperador le interpelló preguntándole si la danza le disgustaba.

Marco no oyó la pregunta. Sumido en el punzante recuerdo de la resistencia opuesta a sus deseos por la pobre esclava, resistencia hecha más ingrata por la ostentada antipatía y por el menosprecio, se resentía en el patricio la naturaleza violenta y cruel con una concentración de la sangre en el corazón, evidenciada por la palidez repentina del rostro.

— ¿No te gusta la danza, Marco? — volvió a preguntarle el emperador.

Tampoco esta vez oyó la pregunta; pero, advirtiendo la voz de Probo y sospechando que el emperador se hubiera dirigido a él, trató de adivinar su deseo, y dijo:

— “Ya traerán ese falerno que mandó a envasar mi padre. Es el de las grandes solemnidades; la última vez que apareció en mi mesa fué cuando llegó la noticia de que los germanos en fuga ante tus legiones, habían cruzado el Elba.

— Eres siempre el fiel amigo y buen patriota que he conocido.

Estas palabras, que en otro estado de ánimo habrían alborozado a Escápula, no le merecieron sino una vulgar frase de agradecimiento para quien las había pronunciado, lo cual no pasó desapercibido a Probo y a los demás comensales:

Marco, que había recobrado el dominio sobre sí mismo, dijo:

—¿Seréis tan amables de guardaros las copas en que bebáis este vino único en el mundo y en las que volveréis a beber el día en que nuestro glorioso César regrese de su guerra victoriosa contra los persas?

Estas palabras fueron saludadas por una ovación.

Dos esclavos trajeron diez copas de oro primorosamente labradas y una de cristal adornada con piedras preciosas, de un gusto exquisito. Las copas fueron colocadas frente a cada convidado. Ante el escaño de Probo fué puesta la de cristal. El emperador dirigiéndose al anfitrión le dijo cariñosamente:

— ¡Oh, Marco! tú intentas someter a un refinamiento intensivo al hombre que ha hecho durante treinta años vida de campamento. Que tu buena intención me valga.

Marco agradeció la amable frase, besando la punta de sus dedos, y seguidamente ordenó que trajeran a la mesa el falerno, pareciendo que el interés que le inspiraba la acogida que iba a tener el vino tan decantado, hubiese desvanecido la sombra que estaba esparcida en su rostro.

Pocos instantes después el niño dacio, el hermano de Nara, entró en el triclinio, llevando entre los brazos una gran ánfora de vidrio, llena hasta la boca de un vino color de sangre. Un aplauso en el que tomó parte también Probo saludó la aparición del ánfora. El niño avanzó hacia la mesa aturrido por la ovación cuyo motivo no se explicaba.

— ¡Allá! — ordenó Marco, indicando al niño el emperador.

— ¡Condux promus, escancia! ¡Por Júpiter! — exclamó viendo al niño tropezar y tambalear — ¡Alza! — le gritó. — ¡Por todos los dioses! — aulló fuera de sí al ver al niño caer contra la mesa del triclinio, en cuyo mármol fué a estrellarse el jarrón, salpicando con abundancia las ropas y los pies del emperador, de Mulvio y de otros comensales. Escápula saltó de su cama, abalanzándose contra el chicuelo, verde de ira.

— ¡Buen agüero! ¡Fortuna! Dijeron todos los huéspedes, intentando consolar al anfitrión del descalabro causado por la torpeza del niño. Pero el temperamento violento de Marco no le permitió contenerse, y, asiendo al chico del pescuezo lo arrojó casi estrangulado contra la puerta, cuya cortina, cediendo al peso, lo hizo rodar por el suelo. Marco, corriendo hacia el "condus promus", le dijo en voz baja: "échelo a las murenas".

— ¡Al vivero?... — preguntó asombrado el esclavo.

— ¡Sí! ¡Por Polux! — afirmó Marco cuyo rostro verdoso se translucía una ira sin límites.

— Sí, es de buen agüero, repitió luego, haciendo eco a los consuelos que le dirigían los comensales.

— Perdona, divino César — añadió con voz que el enojo le hacía temblar, — la torpeza de ese pequeño que te ha manchado tu traje de comer... y perdonen ustedes también, queridos amigos.

EL POZO DE LAS MURENAS

Varios esclavos entraron en el triclinio para secar los pies mojados de los comensales y limpiar el suelo.

— No te aflijas estas pequeñas contrariedades — dijo sonriendo Probo — y recibe mis gracias por el hermoso obsequio que acabas de hacerme — añadió contemplando la estupenda copa que le había regalado el anfitrión.

Otro esclavo, escoltado por el "condux promus" llevando otro jarrón del precioso falerno, presentóse ante los convidados que lo recibieron con un aplauso prolongado.

En ese momento se oyó un ruido de lucha en la entrada del triclinio, hacia la cual todos dirigieron una mirada ansiosa.

— ¿Qué es eso? — gritó Marco, saltando nuevamente de su lecho.

Una esclava, con la túnica hecha jirones, perseguida por el atriense y otros siervos que en vano intentaron detenerla, entró corriendo al comedor y arrojóse a los pies de Marco con los ojos extraviados. Con voz gutural y ahogada por la desesperación, dijo algo que nadie comprendió, excepto Marco.

Era Nara, cuya aparición en forma tan extraordinaria, en medio de la fiesta, provocó entre los convidados un asombro rayano en estupor.

— ¡Saquen de aquí a esta perra!!... — gritó Marco con voz que pareció un rugido y con el semblante desfigurado por el furor.

El banquete iba terminando en tragedia.

El "condux promus", el atriense y otros esclavos se abalanzaron contra la muchacha y trataron de llevársela, pero Nara se asió ferozmente a los tobillos de Marco gritando:

— Obedezco. Salva a mi hermano.

Probo, cuyo espíritu firme y justiciero había quedado profundamente impresionado, dirigiéndose a Marco le preguntó:

— ¿Qué te pide esa niña?

— Nada, César. ¡Llévala! — Ordenó otra vez Marco.

Pero los esfuerzos de esos hombres fueron incapaces para desasir a Nara de su presa. Probo, hondamente perturbado, bajó de su lecho y acercándose a la esclava le preguntó lo que quería.

— Mi hermanito al pozo... Los peces... Las serpientes lo comen...

La niña en su congoja desesperada mezclaba al latín palabras y frases del nativo dialecto ilirio, que despertaron en el corazón de Probo añoranzas de su lejana tierra.

Marco, libre por fin de Nara, se había recostado en su escaño y dirigía su mirada perdida hacia la mesa. Los demás comensales, en cuyo rostro reflejábase una sorpresa penosa, permanecían en silencio.

Pareció que Probo sospechara la verdad, y sin mirar a Escápula, preguntó al atriense qué había sido del hermano de la niña.

— Ha sido arrojado a las murenas.

— ¡Que lo retiren en el acto! — ordenó el emperador. El sirio salió corriendo, pero el "condux promus" dijo fríamente:

— "Es demasiado tarde".

— Marco Escápula — dijo Probo con voz clara como un toque de tuba. — ¿Te atreviste en presencia de tu emperador a ordenar castigo tan inhumano? Toma. La copa que me ofreciste no

la quiero y mis pies nunca jamás volverán a transponer el umbral de tu puerta! — Y así diciendo arrojó el magnífico vaso, estreñándolo contra el mármol del pavimento.

Y sin pasar siquiera por el "spoliarium", donde estaba guardada su clámide imperial, llevando el traje de comer, abandonó la mansión de los Escápula, seguido por los demás comensales silenciosos y tristes.

Marco había presenciado estos rápidos sucesos en un estado de tan profunda alteración mental, que no comprendió toda su gravedad sino cuando se vió solo en el amplio triclinio donde pocos minutos antes reinaba la franca expansión de la gente de guerra.

En su cerebro, donde las libaciones, los alimentos y la ira más intensa habían hecho subir la sangre vertiginosamente, vagaban ideas confusas y terribles. Vefía en un ambiente de neblina pasar unidas entre sí por lazos inexplicables la figura de Probo, la del viejo "custodio" de las murenas, Nara y su hermanito. Tipócronos, "el mercader de esclavos", y otra vez Nara, derecha en la "catasta", con su túnica desprendida, mostrando el cuerpo virginal y la herida del muslo en cuyo centro se obstinaba en permanecer la gota de sangre; y, entremezcladas a esas figuras, cual si fuere una enorme cabellera monstruosa, las murenas repugnantes y voraces se perseguían entre sí; y otra vez Probo con ceño amenazador, y su hijo Publio, perdido por allá en las terribles soledades de Arabia...

Otra oleada de sangre le llegó al cerebro y lo aturdió, cayendo en un sueño profundo como un desmayo.

La insula estaba sumida en lúgubre silencio. Nadie se atrevía a penetrar en el triclinio, cuya tranquilidad aumentaba el terror de los pobres esclavos. Hasta en la cárcel había llegado la noticia de que el César estaba enfadado con el patrón que tan malo se había vuelto en estos últimos días.

El terrible castigo infligido al hermano de Nara había causado pánico entre la servidumbre.

Las lámparas multicolores que habían derramado su luz alegre sobre los comensales, iban apagándose una tras otra, y la amplia sala quedaba alumbrada sólo por la luz mortecina de la última que estaba por extinguirse.

Marco continuaba su sueño agitado, tendido boca abajo en el escaño, con las piernas colgando.

Se abrió la pesada cortina del triclinio; una sombra se escurrió entre ella y avanzó cautelosamente cual una bestia de presa. Se detuvo en su avance como para explorar la sala: pocos segundos después continuó su marcha arrastrándose tan a ras del suelo, que parecía la proyección de una figura humana.

Ya estaba cerca de la mesa; la respiración afanosa de Marco le sirvió de guía y entonces se acercó quedamente al lecho del patriocio. La sombra tomó la apariencia de una mujer; su cabellera des-

EL POZO DE LAS MURENAS

greñada le cubría los hombros y sus carnes aparecían debajo de la vestimenta desgarrada. Hendió al aire el siniestro resplandor de un cuchillo y Marco, herido debajo de la nuca, donde quedó clavada el arma mortífera, exhaló un ronquido y su cuerpo se estremeció.

La última lámpara se apagaba chisporroteando; la sombra desapareció como una exhalación.

P. Angelini



RUIZ Y ROCA

2, FLORIDA, 2 - Bs. As.

LA CASA DE MODA PARA
PEINADOS, POSTIZOS,
PERFUMERÍA

Próximamente inauguración del
INSTITUTO DE BELLEZA

Masajes faciales, depilaciones, manicuras, etc., etc.

SOLICITEN CATALOGOS